

Cuando Altolaguirre llegó a Cuba en 1939, estaba surgiendo una generación de pintores de una riqueza y originalidad como nunca se había visto en la isla, y fue natural que Altolaguirre se sintiera atraído hacia este nuevo movimiento, que abarcaba figuras como Portocarrero, Amelia Peláez, Mariano Rodríguez, Cundo Bermúdez, Mario Carreño, Carlos Enríquez, Felipe Orlando, Jorge Arche y Víctor Manuel. Por otra parte, todo parece indicar que Altolaguirre se encontraba más a gusto en compañía de los pintores que en las tertulias de Lezama y sus amigos. Su amistad con Mario Carreño (a quien había conocido en Madrid antes de la guerra) y con Carlos Enríquez fue especialmente estrecha. En marzo de 1942 Altolaguirre editó un hermoso catálogo para una exposición de la obra de Carreño que se montó en la Galería Lyceum y también escribió un comentario sobre la pintura de Enríquez, que fue incluido más tarde en el catálogo de una exposición montada en la ciudad de México. En otro momento también escribió sobre la obra de Víctor Manuel<sup>19</sup>.

Los textos sobre pintura que se publican en *La Verónica* están estrechamente vinculados con la Galería del Prado, que, por otra parte, apoyaba la revista comprando publicidad. La Galería del Prado, ubicada en el número 72 de la calle Prado, fue creada por María Luisa Gómez Mena, la mujer de Mario Carreño y, años más tarde, segunda esposa del propio Altolaguirre<sup>20</sup>. Dirigida por el famoso crítico de arte, José Gómez Sicre, la galería desempeñaba un papel fundamental en la promoción de los nuevos pintores cubanos; una pequeña muestra de cuya labor queda fielmente reflejada en la revista. En sus páginas Gómez Sicre publica un importante ensayo sobre la obra de Cundo Bermúdez, mientras que Altolaguirre se ocupa de la Galería misma y de dos de las exposiciones —de Felipe Orlando y de Shum— que se organizan ahí. Curiosamente, la participación de los pintores mismos es muy reducida, limitándose a la portada que diseñó Carreño para el último número de la revista. Uno tal vez hubiera esperado una contribución más sustanciosa, como la que varios de ellos habían realizado en *Espuela de plata*, por ejemplo. Tal vez el problema no era una falta de interés, ni por parte de los pintores, ni por parte del editor, sino simplemente una cuestión de orden práctico. A fin de cuentas, editar reproducciones en una revista de tan diminuto tamaño representaba un reto muy grande. ¿Cómo reducir los cuadros sin quitarles su fuerza? En el caso de El Greco, Altolaguirre resolvió el problema reproduciendo tan sólo pequeños detalles de cada cuadro, solución que tal vez no hubiera surtido tan buen

<sup>19</sup> Cf. Manuel Altolaguirre, Mario Carreño (*La Verónica, La Habana, 1942*); un texto sin título, incluido en el catálogo de Oleos, dibujos y acuarelas del pintor cubano Carlos Enríquez (*Palacio de Bellas Artes, México, 1944*); y «Palabras al margen de Víctor Manuel», *El nuevo mundo, suplemento de El mundo (La Habana), 5-X-41, s. p.*

<sup>20</sup> Fue muy importante la labor emprendida por María Luisa Gómez Mena, tal como lo reconoció el crítico de *The Art Digest*, al reseñar una exposición de la nueva pintura cubana que ella ayudó a montar en el Museo de Arte Moderno de Nueva York: «The wealthy heiress, María Luisa Gómez Mena, daughter of the Rockefeller of Havana, became the chief patron of modern Cuban painting, establishing a few years ago the Galería del Prado, where she shows the work of the young school and publishes books and brochures on their art». Sobre la exposición misma, el crítico opina: «Between the 80 exhibited paintings and the generously illustrated book, Cuban painting of today (*La Habana, 1944*), by the sympathetic Cuban art critic, José Gómez Sicre..., modern Cuban painting may be said to have made a brilliant debut in New York». Cf. M. R., «Reviewing history of modern Cuban painting», *The Art Digest (Nueva York), 1-IV-44, pp. 12, 25*. El catálogo de la exposición lleva, además de una introducción de Gómez Sicre, un prefacio de la propia Gómez Mena.

efecto en el caso de los pintores contemporáneos, cuyas obras se presentaban por primera vez a la atención del público.

En fin, en las notas que publica en *La Verónica*, Altolaguirre deja muy clara la gran admiración que siente tanto por la Galería misma como por los artistas que ahí exponen su obra. Como crítico de arte, su criterio es más bien intuitivo que sistemático, aunque no por eso menos interesante. Aunque dicho esto, habría que agregar que si sus comentarios nos atraen, es no sólo por cuanto revelan acerca de las obras estudiadas, sino también porque, al leerlas, el lector cree percibir a la vez un esfuerzo del poeta por elaborar su propia estética. «Cuando la luz borra el dibujo», escribe Altolaguirre en su nota sobre Felipe Orlando, por ejemplo, «cuando el espíritu hace que nos olvidemos de la forma, cuando logramos decir algo sin saber cómo lo decimos, es cuando llegamos a estar seguros de nuestra victoria». Al leer esto, ¿no pensamos, todavía más que en Orlando, en el propio Altolaguirre? La asociación se nos impone fatalmente, como también se nos impone cuando, al final de la misma nota, leemos este sintético resumen: «Lo espontáneo con severidad sometido a lo consciente. Me hace pensar en que el artista ha encontrado en sí mismo un escondido colaborador, que hay un Felipe Orlando niño que le ayuda, el que apunta y sostiene, con una gracia y un aire muy sutiles, la gravedad definitiva de su obra». Este niño, este escondido colaborador, ¿no habita también el mundo poético del propio Altolaguirre?

## Una salida airosa

Como suele pasar con este tipo de publicaciones, *La Verónica* tuvo una vida muy corta. Después del gran esfuerzo que representó el homenaje a San Juan de la Cruz, la revista no volvió a aparecer. Es posible que, ya para entonces, Altolaguirre habría agotado la reserva de materiales acumulados con vistas a este proyecto. Pero la razón principal fue, sin duda, de carácter económico. Confirma esta idea la publicación, poco después de que apareciera el último número de la revista, de un preciosísimo «suplemento», impreso con el fin de proporcionar al editor una forma de salir de la crisis en que, por lo visto, se encontraba. Titulada *La pesada. Leve suplemento de La Verónica*, se trata de una simple hoja, del mismo tamaño que las páginas de la revista, en la que Altolaguirre se compromete a entregar, a quien compre la hoja, el libro que éste quiera, de sus ediciones presentes o futuras. «Amigos ligeramente informados de mi situación», nos explica, «me aconsejaron, como recurso para salir airosamente de ella, la publicación de este número. Se trata, pues, de una salida airosa, por el aire, de una salida en busca de entradas, entradas que me dejen salir airosamente».

Pero, desde luego, lo importante en revistas de este tipo no es su duración, sino más bien su calidad durante el período en que han sido editadas. Y en ese sentido *La Verónica* sólo puede juzgarse como un triunfo. Al final de su «leve suplemento» Altolaguirre prevé que en La Habana le va a sobrevivir una gran imprenta; de hecho, cuando se marcha a México en marzo de 1943, le sobreviven no sólo la imprenta (que deja en manos de su cuñado, Pascual Méndez), sino también los frutos de tres años de arduo trabajo, entre los cuales ocupa un lugar de primerísima importancia precisamente *La Verónica*.

Revista, antología, bitácora. Poesía, cuento, ensayo. Fotografías, dibujos, pinturas. El gran riesgo de la multifacética propuesta de Altolaguirre era, desde luego, la dispersión: el peligro de que, al proponerse tantas metas a la vez, no se consiguiera ninguna. Pero, como por un acto de magia, Altolaguirre parece haber logrado equilibrar los distintos aspectos de su publicación, de tal manera que éstos, en lugar de obstruirse, se refuerzan mutuamente. Al integrar tantos elementos a la vez (al juntar lo personal con lo colectivo, lo español con lo latinoamericano), *La Verónica* constituye, de hecho, un documento de una riqueza sorprendente, sobre todo cuando se piensa en el reducido formato en que Altolaguirre se había propuesto trabajar. En un momento cuando gran parte del mundo había caído bajo la sombra del fascismo, cuando las circunstancias personales del propio editor eran, además, muy precarias, este enorme esfuerzo en defensa de la poesía y del arte no deja de asumir un perfil heroico. Como dijo Ángel Lázaro, al saludar la aparición de los dos primeros números de la revista: «Parece mentira que en unos cuantos plieguecillos de papel, que caben sin doblar en nuestro bolsillo más pequeño, se encierre tanta vida substancial, tantos universos de almas y de cosas, tantas nociones y tan evidentes de por qué se lucha en esta lucha gigantesca y qué es lo que hay que salvar de entre la metralla y los escombros. El hombre cabe en una palabra y esa palabra llena los mundos. Esta es la lección de la revista en miniatura de Altolaguirre que ha comenzado a salir todos los lunes»<sup>21</sup>.

## Índice de la revista *La Verónica*

Señalo con asterisco los textos que son poemas. Al identificar las reproducciones de los cuadros de El Greco, lo he hecho, siguiendo el catálogo preparado por José Guadiol, *Doménikos Theotokópoulos, El Greco. 1541-1614* (Ediciones Polígrafa, Barcelona 1982).

**AÑO I, NÚMERO 1 (26 de octubre de 1942).**  
**La Habana, calle 14, n.º 5, del Vedado.**

Miguel de Unamuno, «Si caigo aquí...», pp. 3-6.\*

Mariano Brull, «La bien aparecida», pp. 7-8.\*

Fotografía del poeta Mariano Brull, p. 9.

María Zambrano, «Las dos metáforas del conocimiento», ensayo fechado: «La Habana, octubre, 1942», pp. 11-14.

Posidio, «Posidio, obispo de Guelma, refiere la muerte de San Agustín», pp. 15-18.  
 «Un cielo de guerra», fotografía, p. 19.

«Otro cielo de guerra», fotografía, p. 20.

(Manuel Altolaguirre), «Doble cielo africano», p. 21.

<sup>21</sup> Ángel Lázaro, «Revista La Verónica». Recorte de un periódico cubano no identificado que se conserva en el archivo de Paloma Altolaguirre, en la ciudad de México. Esta nota, lo mismo que otros textos de y sobre Altolaguirre que se citan en el curso de este artículo, se recogen en un homenaje al poeta malagueño que prepara la revista Litoral. El homenaje se titula Manuel Altolaguirre: Los pasos profundos (en prensa).

Anuncio de la «Galería del Prado», p. 22.

Manuel Altolaguirre, «La Galería del Prado», nota dedicada «A la señora María L. Gómez Mena de Carreño», pp. 23-24.

«N(ota) de la R(edacción)», p. 24. (Nota sobre las obras que se exponen para la venta en la Galería del Prado).

«Exposiciones», p. 24. (Nota en la que se anuncian futuros comentarios sobre exposiciones de Orlando, Shum, Acevedo y Mestre).

Manuel Altolaguirre, «Jardín interior», pp. 25-26. (Reseña del libro de poemas *Jardín interior* del poeta cubano Manuel Augusto Rodríguez).

«Sumario», p. 27.

**AÑO I, NÚMERO 2 (2 de noviembre de 1942).**

**La Habana, calle 14, n.º 5, del Vedado.**

Jorge Guillén, «Fe de vida» (Incluye: «Los amigos», «Contemplación concreta», «Mayo nuestro», «Los fuegos», «Lo más grande I y II»), pp. 31-35.\*

Lydia Cabrera, «El poder de la palabra», cuento dedicado «A Wilfredo Lam», pp. 36, 39-40.

Fotografía de Lydia Cabrera, p. 37.

(Gilberto) Owen, «Laberinto del ciego», pp. 41-43.\*

Novalis, «Fragmentos», versión española de J. Gebser, pp. 44-45.

Ramón Guirao, «Poema» («Vuelve tú, luz mía...»), p. 45.\*

Ángel Lázaro, «Resurrección», p. 46.\*

Rafael Alberti, «Remontando los ríos», ciclo poemático fechado «1942», pp. 47-49.\*

Félix Lizaso, «In memoriam de Francisco José Castellanos», p. 50.

Francisco José Castellanos, «El otro», ensayo, pp. 50-52.

Mariano Brull, «En memoria de Francisco José Castellanos, amigo en la eternidad», pp. 53=54.\*

Pensamiento de Pascal: «El infinito es una esfera cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna», p. 54.

«Tierra inglesa», fotografía, p. 55.

«Tierra inglesa», fotografía, p. 56.

G. L. Creed, RCAF (Flight Lieutenant on duty on the Canadian Atlantic Coast), «England expects», poema en inglés, p. 57.\*

G. L. Creed, Teniente de las Reales Fuerzas Aéreas del Canadá, «Inglaterra espera», traducción de B. M. Ash, pp. 58-59.\*

Anuncio de la «Galería del Prado», p. 60.

Manuel Altolaguirre, «Nota sobre Felipe Orlando», p. 61.

Manuel Altolaguirre, «Concursos literarios», p. 62.

«Sumario», p. 63.

Anuncio de la librería «La Moderna Poesía».